

revueltas, despreciando á los mercachifles y á los plumíferos y por consiguiente á los liberales, el partido de los abogados. Estos jóvenes entraron á servir al ejército cuando se llenó de gente decente, cuando era de moda para los elegantes ser oficial, en los tiempos de S. A. S.; vino después la unión forzosa del ejército con el clero, al aparecer la Reforma con Ayutla, y la suerte estaba echada; á batirse PRO ARIS ET FOCIS, como decía en «La Sociedad» D. José María Roa Bárcena, por el altar y por la patria. Miramón, mientras vivió Osollo, fué una figura de segundo orden. Al desaparecer éste, se dió cuenta de su ambición, de su poder y de su prestigio, ¡y quiso ser y fué! ¡Ay, fué flor de un día!

ان نون

Ⓒ ¡Tiempo ardiente y atroz, de sangre y desolación, de muerte, de vida, de gran empuje de savia, de lucha por altísimos ideales, que se expresaban condensados en los dos vocablos más grandes del lenguaje humano: Religión, Libertad; tiempo simpático de sollozos y cantares; sobre las ruinas humeantes clavaban sus banderas todas las añoranzas del pasado, todas las esperanzas del porvenir!

Ⓒ Cuando partió Comonfort y EL INDIO JUÁREZ se perdió como una burbuja turbia en el viento del Este, la sociedad de Méjico respiró, se sintió feliz; los templos se llenaron de flores, las casas de fiestas, la burguesía aristocrática y la burguesía arrimada á los conventos era feliz. ¡Cuántas novenas y rosarios! ¡cómo resonaban serios y pedantes los sermones del obispo de Tanagra en la Profesa y las pláticas del Ilustrísimo Garza en el Sagrario y del Dr. Aguirre en San Miguel, y qué severa y melancólicamente rezaban los frailes grises de San Fernando á las puertas del cementerio, y qué bien rasgueaban las guitarras los frailes blancos de la Merced en los figones junto al canal y el PUENTE DE LA LEÑA! La Iglesia era feliz; pero estaba mohina. El Gobierno exigía millón y medio de pesos y el Cabildo de la Catedral se reunió, y se ofrecieron 150.000 pesos por lo pronto; pero eso sí, decían aquellos trémulos subvencionados de la guerra civil, ni hipotecas, ni pagarés. Pues dinero, respondía el ministro agente del Gobierno, el devoto y honrado D. Juan Hierro, dinero contante... Sí, contestaba la Iglesia ¡y sí! De algún modo había que pagar las famosas CINCO LEYES, la que restableció los fueros, la que nulificó la desamortización, la que derogó la ley de obvenciones, etc., etc.

Ⓒ Tiempo curioso. La polémica era de Gobierno á Gobierno; era un PROBO MAJOREM y NEGÓ MINOREM incesantes, de un ámbito al otro del país; una pelota de razonamientos volaba de los diputados á los obispos y de Cuevas á Ocampo, por encima del fragor de las armas. Unos cuantos diputados del Congreso por Comonfort disuelto, se reunieron en Querétaro y lanzaron á raíz del golpe de estado un primer manifiesto muy sobrio, muy digno, muy fuerte; el mejor de los de la época, no tan atildado como el del ministerio de Zuloaga, pero mucho más concreto, enérgico y llano; su retórica era perfectamente apropiada al estado de ánimo de los hombres de deber que lo firmaron. Entre tanto, la hombría de bien del general Parrodi, alarmado en su pundonor de juramentado, desde el día que tuvo

conocimiento de la conspiración cuyo exutorio fué EL PLAN DE TACUBAYA, había entrado en un período de energía asaz raro en él. Se puso al habla con otros gobernadores, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, y determinó formar UNA COALICIÓN; éste era un organismo perfectamente extra-constitucional, pero lo anormal de los tiempos le dió una especie de valor legal; esta liga de los Estados tuvo su pacto, su jefe (Parrodi), su convención, y esbozó un Gobierno por lo menos tan legítimo como el que en Méjico funcionaba, pero que se declaraba provisional, mientras el Vicepresidente recobraba su libertad. La recobró; perfectamente acogido por Arteaga (el futuro inmolado al terror imperial en Uruapan) pasó de Querétaro á Guanajuato, el cacicazgo de D. Manuel Doblado. Ahí se lanzó el primer manifiesto del nuevo Gobierno á la Nación; era un ADSUM solemne y firme; era el AQUÍ ESTOY del indio, y en consecuencia no habría manera de que DEJASE DE ESTAR mientras viviese, mientras fuese un derecho. «Obedeciendo, clamaba, al mandato de la Nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para hacerlo», y añadía : «Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera nieguen la obediencia á la ley, y si por alguna desgracia lamentable se obstinasen en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.»

¶

¶ Antes de salir de Guanajuato para dejar la palabra á los cañones de la coalición que organizaba la resistencia en la entrada del Bajío, y precisamente en la fecha en que Comonfort antes de abandonar las playas mejicanas lanzaba desde Jalapa sus melancólicas ÚLTIMA VERBA, que empezaban así : «El desenlace de los últimos sucesos ocurridos en la capital ha puesto fin al período de mi vida pública, en que me tocó figurar como primer magistrado de la Nación»; precisamente, decimos, en la fecha de esta especie de abdicación (2 de febrero de 1858) Ocampo, devolviendo golpe por golpe, analizaba, no sin elocuente sarcasmo, el pulcro y correcto manifiesto del gabinete de Zuloaga. «No comprende este Gobierno, escribía Ocampo, cómo los señores que en la capital han hecho el costoso sacrificio de declararse por sí y ante sí Gobierno, quieren que las nuevas desgracias que prevén y que protestan querer evitar, no hayan de ser de su responsabilidad. Ni basta, para eludirla, declamar contra los ataques que se califican de CONTRA LA IGLESIA, cuando no son sino contra los abusos que se cometen á su sombra. La Iglesia, dicen, ha sufrido una persecución que apenas parece creíble en Méjico; pero si la Iglesia es la reunión de los fieles, tal proposición carece completamente de verdad, porque nadie ha perseguido á los fieles, ni á los dogmas, ni á las creencias. Y si por la Iglesia se quiere entender el clero, tampoco es cierto que éste haya sido perseguido, ni que se haya perdido de repente la razón y la conciencia de los muchos que se han dolido de sus abusos y procurado ponerles término. Si ahora se quisiera decir que el clero ha sido el ministerio de paz y ca-

ridad que debiera, por sus obligaciones evangélicas, y que no ha mal empleado sus bienes en procurar nuestra mutua destrucción, se llevaría demasiado lejos el deseo de desfigurar hechos que, por desgracia, á todos constan.»

¶ Y esta fué la tesis constante del Gobierno constitucional : el clero, abusando de su poder sobre las almas, poder inmenso en un pueblo católico casi NEMINE DISCREPANTE, incita á los ciudadanos á la desobediencia y á la rebelión contra las autoridades legítimas : el obispo circunspectamente en sus pastorales y enérgicamente en sus homilias; el cura en sus pláticas doctrinales; el fraile y el simple clérigo, con fervor homicida, en el púlpito, en el confesonario, en las tertulias de confianza. Cuantos empezamos á vivir entonces, recordamos, efectivamente, casos concretos, comprobantes de la verdad de tamaño desacato. Pero había un hecho que lo dominaba, lo comprobaba todo : el clero en masa reconocía como Gobierno legítimo, como EL SOLO, al Gobierno nacido del plan de Tacubaya; lo bendijo en la cabeza de Zuloaga, y lo coronó de flores y lo encintó de salmos en la persona adorada de Miguel Miramón. ¿Era su deber? Nunca podrá serlo para el sacerdocio de Cristo predicar la guerra y menos la guerra civil; jamás las Cruzadas se compadecerán con el Evangelio; tendrán sus explicaciones y justificaciones humanas; pero la Iglesia es divina, tiene que ser SOBREHUMANA. Mas, supongamos que era su deber, que era SU IMPERATIVO CATEGÓRICO atacar un régimen de donde habían venido la Ley-Juárez (fueros), la Ley-Lerdo (desamortización), la Ley-Iglesias (obvenciones); si ése era un deber moral y religioso, tenía que ser absoluto; tenía que atravesar incólume el tiempo y las condiciones sociales: pues bien, hoy, ese mismo régimen anatematizado y maldito está involucrado en nuestras instituciones y más clara y precisa y más ampliamente que durante la «guerra de tres años». ¿Dónde están hoy las maldiciones y los anatemas? ¿Quién desconoce la Constitución como la ley suprema? ¿Verdad entonces y COMPONENDA hoy! ¿Quién pagará el precio de la sangre derramada?

¶ Juárez se estableció en Guadalajara, para colocarse detrás de la cortina formada por los ejércitos coaligados y á algunos días de una derrota posible. Es excesivamente singular, íbamos á decir insensato, que se haya reprochado al Presidente interino el afán de poner en salvo su personalidad; era su obligación primordial, lo fué en la guerra de tres años, como lo fué después durante el imperio. La desaparición temporal pero completa de los órganos superiores de la Constitución, lo convertían precisamente en la personificación de la Constitución misma; en él vivía; desapareciendo él, desaparecía todo cuanto de la Constitución quedaba, y mientras la reacción para SER un derecho necesitaba autorizarse con la religión y con una institución perdurable, la Iglesia, los defensores de la Constitución habrían perdido lo único que al símbolo religioso podían oponer : el prestigio misterioso de la Ley. Ése era el que encarnaba Juárez. Si hubiese él faltado, la resistencia, ó habría sido imposible, falta de clave, y la reacción triun-

fante habría retrotraído nuestra historia al año de 21, como querían los ministros de Zuloaga, ó, para triunfar, los partidarios de la Constitución habrían pasado por un espantoso período anárquico, antes de llegar á constituir un centro cuya legitimidad viniese del **CONSENSUS** de todos; tarea formidablemente difícil, que evidentemente habría acarreado las intervenciones contrapuestas de americanos y europeos y que por fortuna era inútil emprender por sólo el hecho de que Juárez existía. Juárez era un símbolo, era algo más concreto, era un título, era el título del partido reformista á la lucha, era el derecho á la victoria. Por lo demás, estas verdades simples no se ponían en duda entonces.

☪ Juárez llegó á Guadalajara el 14 de Febrero de 1858; cesó por ende el Gobierno CONVENCIONAL que la coalición se había dado, y el presidente interino de la República comenzó á funcionar en más vasta escala y convocó á los otros poderes de la Unión á Guadalajara (Congreso y Suprema Corte). Entretanto, el ejército constitucionalista, que pasaba de siete mil hombres, se concentraba en Celaya en posiciones de antemano escogidas y que el general en jefe, Parrodi, reputaba inexpugnables. Lo que se llamaba coalición, que no existía ya desde el momento que el Presidente apareció en la escena, se había visto obligada á recurrir á cuanto medio estaba á su alcance para hacerse de hombres y dinero; ¿hombres?; LA LEVA, que proporcionaba soldados bisoños y sometidos á todas las formas del pánico. Casi siempre los liberales daban sus batallas con reclutas más ó menos voluntarios, excepcionalmente voluntarios; cuando, á fuerza de derrotas, aprendieron á no huir del fuego, lograron la victoria; pero en LA COALICIÓN, menos tres ó cuatro cuerpos en parte fogueados, lo demás era bien deleznable; era el período inicial del ejército reformista; iba á recibir el bautizo de fuego; Osollo, Márquez, Miramón, Mejía, Cobos, fueron sus padrinos de pila. Lo que daba gran ventaja á los batallones reaccionarios era la tradición conservada por un grupo lentamente renovado desde la proclamación de la República en cada cuerpo y con el cual se conglutinaba EL RECLUTAJE, la gente proporcionada por la leva. Ese grupo veterano formado entre los reactivos desde antes de la guerra, entre los liberales se formó en la guerra.

☪ Esto en cuanto á los hombres, de antemano vencidos; en cuanto á los recursos, aun se ponía tímidamente la mano sobre los tesoros de la Iglesia, por miedo de acabar de enajenarse las poblaciones, devotas en su inmensa mayoría; Doblado, hombre que siempre fué superior al escrúpulo, impuso un préstamo forzoso y violento, y extrajo de la casa de moneda de Guanajuato unos 50.000 pesos, propiedad de un tal Jecker, banquero suizo; supo poner de su lado al ministro británico, que saltó á la arena con una tremenda reclamación en la mano. Y fué el primer contacto del Gobierno de Juárez con las aspérrimas exigencias europeas. Y así empezó lo que llamaremos la vida pública de Jecker; el que esto escribe vió en París el muro junto al cual fué fusilado por los comunistas, que le achacaban LA MALDITA GUERRA DE MÉJICO.

☪ Parrodi era un honrado proveedor militar, no era un general; sus posiciones eran formidables; Osollo dibujó un movimiento envolvente, lo obligó á salir de ellas y buscar otras sin ventaja marcada en Salamanca, y allí lo venció en los

comienzos de Marzo. Su retirada fué muy correcta y más correcta todavía la conducta del joven vencedor Osollo, que hizo tributar honores al cadáver del coronel Calderón, muerto al conducir la carga heroica de los dragones reformistas, dentro de las filas de los soldados de la reacción. Una anécdota no desmentida contaba que, como se negara el cura de Salamanca á celebrar exequias religiosas por el alma valiente de Calderón, el general Osollo lo amenazó con fusilarlo si resistía á sus órdenes. Fusilar á un cura no era para el caudillo reactor cosa imposible. El desastre de Salamanca fué una tronante clarinada de dispersión; los del Norte, al Norte corrieron; los del Bajío, allí quedaron; Doblado capituló entregando todos sus recursos y tropas á Osollo, que las recibió noblemente, con un ademán caballeresco de su única mano. Parrodi seguía de prisa, pero procurando perder lo menos posible de sus recursos, en dirección de Guadalajara.

☪ Tiempo era de que llegara; la vida del presidente Juárez había corrido gravísimo peligro; la ciudad no era segura para los próceres constitucionalistas; el clero y sus agentes conspiraban descaradamente y habían sobornado ya á un joven oficial, que, profundamente enemigo de los enemigos del ejército (esto eran, para todos los militares de entonces, los reformistas), tascaba el freno de la sumisión al Gobierno de Juárez: el oficial se llamaba Landa. Pero el elemento liberal, compuesto de unos cuantos abogados, de unos cuantos literatos, de una buena parte de la burguesía pobre y un grupo considerable de artesanos y empleados que militaban en los batallones de la Guardia nacional, se mantenía unido frente á la Iglesia, á la burguesía aristocrática y á la plebe que constituían, en todo EL INTERIOR, el ejército social de la reacción, de LA HERMOSA REACCIÓN, como en una proclama presidencial dijo Miramón más tarde.

☪ Primero un rumor, una penumbra, una sombra que venía, como si con doce horas de distancia se oyeran las pisadas de un caballo que viniese á todo correr; comenzó á circular la noticia de una rota terrible de los reformistas; todos estaban, puede decirse, en guardia, cuando llegó un papel de Degollado anunciando expresivamente el descalabro. El Presidente, con el propósito de no detener nada y de no precipitar nada, hizo llamar á sus ministros á consejo; en un salón del palacio de Gobierno leía Ocampo, ministro de la Guerra, una circular sobre el acontecimiento, mientras Guillermo Prieto redactaba en una pieza cercana un MANIFIESTO á la Nación, cuando se presentó el jefe político Contreras Medellín manifestando que el 5.º de línea con su jefe accidental Antonio Landa se había pronunciado contra el Gobierno, y que, siendo el piquete que custodiaba el Palacio del batallón pronunciado, pronto Juárez y sus ministros caerían en poder de los rebeldes. El general Silverio Núñez, hombre de una entereza tan grande como su cuerpo, salió á tratar de reducir al orden á los desertores; viéndolo solo, se apoderaron de él y marcharon sobre Palacio; la gritería, el estruendo de los primeros disparos, indicaron á los prisioneros que estaban á merced de aquellos des-